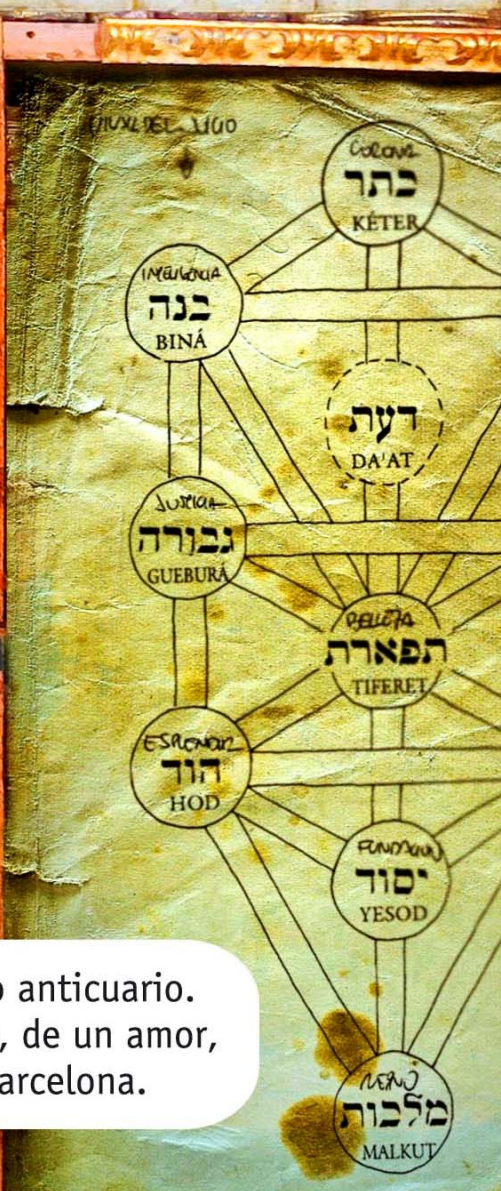


El ANTICUARIO

JULIÁN SÁNCHEZ ROMERO



● Enrique Alonso investiga la muerte de un conocido anticuario. Una novela acerca de un secreto, de una búsqueda, de un amor, de una aventura por las calles de una misteriosa Barcelona.

El anticuario
Julián Sánchez

Rocaeditorial

© Julián Sánchez, 2009

Primera edición: marzo de 2009

© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S.L.
Marquès de l'Argentera, 17. Pral. 1.^a
08003 Barcelona
info@rocaeditorial.com
www.rocaeditorial.com

Impreso por Brosmac, S.L.
Carretera Villaviciosa - Móstoles, km 1
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-92429-80-6
Depósito legal: M. 1.853-2009

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Algunos de los acontecimientos narrados en esta novela son reales. Dejo a la imaginación o a la capacidad de investigación del lector descubrir qué de lo contado a continuación sucedió en realidad. Lógicamente, todos los nombres de los personajes han sido modificados.

Dedicado a los míos.

Para Julia,
que se convertirá en la flor más hermosa,
tu tiempo ya ha llegado.

Para Iván,
el hijo que creció para transformarse en un amigo,
la persona más noble que conozco.

Y, sobre todo, para Mercedes,
espejo de mi sueño, voz de mi razón,
gloria de mi vida.

EL ANTICUARIO Y EL ESCRITOR

Era un hermoso día de abril y Barcelona lucía radiante. El sol calentaba la atmósfera con fuerza, como si fuera un acto de desagravio por la inhabitual crudeza del pasado invierno. Las calles, repletas de paseantes ansiosos por olvidar días de lluvia, gozaban con la animación añadida de ser el vigésimo segundo día de abril, jornada previa a la festividad de Sant Jordi.

En el Carrer de la Palla, una pequeña y estrecha revuelta que nace junto a las plazas de Sant Josep Oriol y del Pi para desembocar en la Plaça de la Catedral, centro histórico de las actividades del gremio de los brocantes, un hombre trasteaba entre numerosos libros situados sobre la mesa de trabajo de su tienda. Era una persona mayor, de unos sesenta y tantos años, pero que a simple vista aparentaba bastantes menos. Esbelto, de mediana estatura, vestido con un sencillo traje de color azul oscuro —quizá ya pasado de moda y levemente ajado—, sus cabellos blancos perfectamente peinados y la delgadez de su figura le conferían cierta cualidad etérea, que se veía reforzada por unos movimientos, que, pese a lo escaso de su recorrido, estaban dotados de una notable elasticidad impropia de sus muchos años.

En su rostro, surcado por numerosas y bien definidas arrugas que nacían de la comisura de los labios y de los párpados, destacaban sus azules ojos, cubiertos por unas finas y alargadas gafas metálicas. Su mirada desprendía fuerza vital y denotaba la capacidad de concentración de un hombre apasionado por su trabajo; un hombre que, encerrado en su pasión, era

perfectamente capaz de sufrir por todas las distracciones que entorpecieran su labor. Las gafas se apoyaban sobre una nariz tan singular que por sí sola bastaba para definir el conjunto: el hueso estaba hundido a resultas de algún viejo golpe; la nariz, torcida a la manera de los boxeadores de las viejas películas norteamericanas de los años cincuenta, presentaba un aspecto sólido e inquebrantable que contrastaba vivamente con la motivación intelectual inherente a su actividad.

Sus manos, finas, de alargados dedos y uñas cuidadas, manipulaban con ternura los viejos libros y los delicados manuscritos que disponía sobre la mesa. En uno de sus dedos, brillaba un pesado y antiguo anillo de oro que tenía una inscripción inscrita en su dorso: una A gótica, sello y símbolo durante generaciones de la casa de los Aiguader, que portaba su último descendiente, Artur Aiguader: librero y anticuario.

14 La mesa en la que Artur clasificaba los viejos volúmenes del último lote, adquirido hacía muy poco, estaba situada en la habitación-estudio de su tienda. El local era de los mayores dentro del gremio de los brocantes, al que pertenecía Artur desde hacía no menos de cuarenta años. Tenía tres ambientes.

Una amplia sala hacía las veces de tienda. Era un confuso revoltijo de muebles, esculturas, pinturas, libros y objetos de la más variada índole, que se entremezclaban sin orden aparente; sin embargo, resultaba sumamente atractivo a los viandantes que se detuvieran a contemplar el establecimiento desde la calle. A tal efecto debía de ayudar la bella decoración de frutas y flores siempre frescas. El aroma a incienso y sándalo quemados en un pequeño brasero completaba el efecto.

El segundo ambiente era el estudio personal donde Artur desarrollaba sus actividades de clasificación e investigación. El anticuario era un filólogo e historiador autodidacta. Estudiaba todo tema que atrajera su interés, si bien prefería los asuntos relacionados con la historia de alguna ciudad. En realidad, en muchas ocasiones, orientaba sus adquisiciones más en función de su propio gusto personal que de las necesidades

reales de un negocio que le había dado más de lo necesario para vivir.

El estudio estaba situado al final de la sala. El espacio estaba distribuido de tal manera que Aiguader podía vigilar la tienda desde el lugar. Sus paredes estaban forradas con estanterías repletas de toda clase de libros, principalmente antiguos. Junto al ventanal, desde el que se dominaba la sala, Artur se sentaba ante un precioso escritorio secreter del siglo XVIII, de madera de nogal adornada con marquetería e incrustaciones de bronce. Una amplia mesa de trabajo similar a las utilizadas por los arquitectos, cubierta de libros y manuscritos, ocupaba la mayor parte de la habitación. Entre la mesa y el escritorio, una esbelta mesita de madera de cerezo y tres hermosas butacas castellanas clásicas de cuero viejo completaban la sencilla decoración de su estudio personal.

El tercer ambiente era, en realidad, un gran almacén al que se accedía por el Carrer del Pi y que conectaba con la tienda por un portalón de madera de gran tamaño. En él, Artur, y un viejo colega y amigo, Samuel Horowitz, depositaban los lotes adquiridos antes de clasificarlos y rehabilitarlos; también lo utilizaban para almacenar provisionalmente aquellas piezas que, ya restauradas, quedaban a la espera de ser enviadas a los domicilios de sus compradores o de ser expuestas en la tienda. Era un local de gran tamaño, quizá trescientos cincuenta o cuatrocientos metros cuadrados, y si la profusión de muebles y piezas de todo tipo propia de la tienda era notable, la del local resultaba sencillamente abrumadora. Así como el estudio y la tienda recogían toda la delicadeza propia del gusto de Artur, el almacén resultaba exclusivamente funcional y poseía los rasgos propios de su antigüedad: el olor a humedad y cierto aroma a viejo, unidos ambos al perfume característico que se enseñoorea de los locales donde los gatos pasean a sus anchas, que convivía con los de productos químicos y el aroma a ceras para la madera.

Artur estaba estudiando unos manuscritos cuando llamaron a la puerta de la tienda. Deslizó la montura de las gafas so-

bre su nariz, lo suficiente para comprobar de quién se trataba. Accionó el interruptor que le permitía abrir la puerta. Un sonoro chasquido metálico. Un hombre de cierta edad entró en la tienda. Era alto, corpulento y completamente calvo. Sus labios eran gruesos y para nada resultaban sensuales. Sus ojos oscuros estaban enmarcados por unas largas pestañas y unas cejas gruesas. Vestía de *sport*, pero con no disimulada elegancia. Anduvo hasta el centro de la sala, donde se detuvo. Sus andares tenían un rasgo peculiar apenas perceptible, un rasgo que a Artur le recordaba la prudencia y la tensión propia de los felinos: parecía esperar constantemente un imprevisto que le obligara a saltar en cualquier momento. Puso los brazos en jarras y esperó en silencio junto a un altar de mármol.

El anticuario se incorporó con exagerada lentitud, fruto quizá del cansancio acumulado tras una larga semana de trabajo. Anduvo hasta la escalera sin mirar al piso inferior. Se detuvo. Su visitante continuó en silencio.

16 —¿Y bien? —preguntó Artur.

—¿Y bien, qué? Todavía estoy esperando. —El visitante poseía un peculiar acento extranjero, vagamente gutural; suavizaba y alargaba las eses.

—No es el momento ni el lugar. Estaba trabajando.

—Trabajando en algo interesante, claro..., tan interesante como para que prefieras olvidarte de lo que realmente nos ocupa.

—Así es, algo interesante. He obtenido viejos documentos pertenecientes a una antigua familia de la burguesía catalana, los Bergués —respondió Artur en un claro intento de desviar la conversación hacia otros derroteros—. Parecen prometedores. Ya he localizado un par de manuscritos que pueden poseer gran valor, y además...

—No lo dudo, no lo dudo —cortó su frase el hombre sin disimular su ironía—. Serán muy, muy adecuados para olvidar el último «objeto» que te entregué.

—Será mejor que vuelvas más tarde, cuando haya cerrado

—respondió el anticuario, cuya paciencia parecía estar a punto de acabarse.

—Será mejor esto, será mejor aquello, será mejor lo de más allá —se burló—. Sí, siempre se te ha dado muy bien dar órdenes: haz esto, haz aquello, sube, baja, vete y ven. —Las zetas y las eses se estiraban hasta superponerse a la palabra siguiente—. Pero quizás estoy harto de todas estas órdenes envueltas en palabras sugestivas. Ahora quiero hechos.

—Francés, insisto en que no es el momento.

—¡Déjate de estupideces! Me he ganado el dinero, y sabes que lo necesito de verdad. No me importaría esperar si las circunstancias fuesen otras, pero tengo muchos problemas que solventar. Yo cumplí mi parte; dos meses de preparación, una planificación detallada, una actuación discreta —pese a lo complejo del lugar—, un traslado difícil, el silencio cómplice de otros... ¡Cumple tú la tuya!

Artur descendió la escalera, alarmado ante las voces de su visitante, dispuesto a calmarlo como fuera. Se situó en el lado opuesto del altar, frente a su interlocutor, y habló con deliberada lentitud.

—Escucha, Francés: déjame hablar. Estamos de acuerdo: el material es muy bueno, el mejor que hemos encontrado en años. Pero tú sabes, como yo, que el mercado está saturado y que la crisis nos afecta a todos por igual, se tenga mucho o poco dinero. El comprador se retiró después de efectuar el pedido, pese a saber que eso implicaba la pérdida de lo entregado a cuenta. La operación ya estaba realizada. Cubrí tus gastos y tienes todo el sobrante como indemnización, según lo estipulado. No obtuve beneficio alguno. ¿Qué más quieres que haga? Necesito tiempo para pulsar el mercado antes de ofrecer semejantes piezas. No todo el mundo puede desembolsar así como así..., en fin, no sé cuánto es en euros, pero cincuenta millones de pesetas...

—¡Bla, bla, bla, bla! ¡Excusas! Hablas y hablas. No pretendas liarme. Cumplí mi parte, como siempre he hecho. No pue-

des negarme mi dinero, lo he ganado en buena lid. Además, seguro que dedicas más tiempo a bucear entre tus malditos libros que a buscar algún comprador.

—No puedo darte lo que no tengo —contestó Artur, su paciencia a punto de colmarse.

—¡Entonces deja que yo lo resuelva! —ofreció amistoso el Francés; una perversa sonrisa mostró sus anchos colmillos—. Dame el nombre de quien lo encargó; enseguida lo convenceré para que me pague. ¡Poco o nada tardará en aceptar mis condiciones!

Artur negó con la cabeza. Era la primera vez que veía perder el control al Francés.

—¿Qué estás diciendo? ¡No puede ser! Las reglas son las reglas. Los nombres de los clientes son confidenciales; sólo yo debo conocerlos. Es la única manera de que el negocio funcione: mantener la privacidad. Rompe las reglas y estaremos acabados, no sólo nosotros dos, también el resto de la profesión. ¿Decirte el nombre? ¡Menuda ocurrencia!

—*Merde alors!* —El hombre golpeó el altar con el puño—. Tienes que arreglarlo. Cubre tú el dinero.

Artur evaluó la oferta. Quizá lograra reunir esa cantidad; además, antes o después la pieza saldría al mercado. Un retablo medieval tan expuesto durante años a la devoción de los lugares como a la dejadez de la Iglesia y de diversas instituciones, que habían dejado pudrirse casi a la intemperie el patrimonio de tantos años. Ahora la pieza estaba perfectamente escondida en un lugar que sólo Artur y el Francés conocían; estaba completamente a salvo, iniciado ya el imprescindible proceso de rehabilitación de la carcomida madera y con la garantía plena de que su policromía restaurada sería capaz de subsistir otros seecientos años. Era tan hermosa... Se sintió tentado de ceder, sobre todo por poder seguir disfrutando de su presencia, saboreando los detalles, disfrutando de su sencillo y cálido conjunto. Era imposible; el trabajo no debía mezclarse con el placer, y ceder ahora podría conducirle a un punto de no retorno.

—Ése no era el trato. Llevamos trabajando veinte años y jamás, repito, jamás hemos tenido un problema semejante. Ten paciencia, no tardaré mucho en colocar la pieza; con suerte, un par de meses. —La mirada del Francés se tornó agresiva—. Si lo necesitas, yo podría dejarte algo de dinero, el suficiente para que salgas del paso...

—¡No se trata de eso! —exclamó el Francés—. Necesito todo el dinero. Yo he cumplido; ahora, cumple tú.

—No puedo. Esta profesión tiene sus riesgos, lo sabes perfectamente.

El Francés, nerviosamente, se paseaba en círculos por la tienda, frunciendo los labios mientras Artur esperaba una respuesta, apoyado en el altar sobre las palmas de sus manos. Tomó una decisión repentina.

—Esta conversación se ha acabado —dijo junto a la puerta, y lo señaló con el índice—. Quiero el dinero para el lunes por la mañana, según es costumbre; si no me lo das, atente a las consecuencias.

—Suenas como una amenaza —respondió Artur con serenidad—. No me das miedo: no te lo daré.

—Lo dicho: si no, atente a las consecuencias. —El hombre sonrió y cerró la puerta de la tienda con una inesperada delicadeza.

El anticuario respiró hondo cuando se quedó solo. Pequeñas gotas de sudor perlaron su frente, y sintió que su corazón, hasta entonces bajo control, se aceleraba. De nuevo estaba solo en su ambiente, rodeado por las cosas que conocía y apreciaba. Aquel episodio que había alterado el orden de su particular universo había finalizado de un modo un tanto desagradable, pero quiso creer que no inesperado: el Francés actuaba en su vida personal por impulsos y, de vez en cuando, perdía los nervios que en su irregular trabajo jamás le habían traicionado. En cualquier caso, esa súbita irrupción en su tienda, en horas de atención al público, resultaba tremendamente peligrosa, lejos de la prudencia recomendable para un hombre como él. No ca-

bía duda: el paso del tiempo no beneficiaba el equilibrio mental del mejor proveedor del mercado ilegal de arte español.

Artur no tenía muy claro si comentar lo ocurrido con Samuel, su mejor amigo y confidente tras tantos años de vivencias compartidas, o si esperar hasta el lunes. Las fanfarronadas del Francés no le asustaban, pero su mano tembló unos instantes mientras acercaba a sus labios una copa de añejo *brandy*; no intentaría nada contra él, estaba seguro..., ¿o aquello no era más que un consuelo solitario con el que tranquilizarse aplazando el problema? Ya anteriormente habían mantenido agrias discusiones, que, finalmente, se solucionaban en cosa de días, incluso de horas. Nadie en su sano juicio haría nada por asustar o matar a la gallina de los huevos de oro. Sabía que en este tipo de negocios, las discusiones estaban a la orden del día, y que su magnitud andaba en proporción con la dimensión de los trabajos; sin embargo, había demasiado que perder como para que los enfados se prolongasen. Así pues, decidió olvidar aquellas amenazas y continuar con su trabajo.

Tomó asiento frente a su escritorio, decidido a reanudar su trabajo. Algunos de los documentos adquiridos en su último lote resultaban fascinantes y no dudaba acerca de su evidente valor histórico, más allá de las consideraciones comerciales que se derivaban de su profesión. Se sumergió con avidez en la mesa de trabajo, rodeado por legajos a veces incomprensibles, pero siempre reconfortantes y hermosos, capaces por sí solos de restaurar el orden perdido del incierto mundo en el que le había tocado vivir. Aquello le permitió olvidar por completo la desagradable escena de la que había sido protagonista.

Enfrascado en su trabajo, se le pasó el tiempo. El timbre de la puerta lo condujo de vuelta al mundo real; tras una breve ojeada accionó el control de acceso y tres hombres entraron en la tienda charlando animadamente. Artur comprobó la hora en un reloj de bolsillo y se quedó asombrado: habían transcurrido seis horas desde que se pusiera a trabajar en la clasificación de la biblioteca Casadevall, tras ser interrumpido por el

Francés; en ese tiempo ni siquiera había sentido la urgencia del hambre. Se incorporó y anduvo hasta la escalera, donde invitó a los recién llegados a subir al estudio:

—Subid, subid. Y perdonad que no tenga preparado el café, pero he estado trabajando y se me ha pasado la mañana sin darme cuenta; en realidad, ni siquiera he almorzado.

Los tres hombres cruzaron la tienda en dirección a la escalera. Uno de ellos era joven, acaso de treinta años, con el cabello rubio cortado a cepillo; unas gafitas redondas le proporcionaban ese inconfundible aspecto de intelectual, que se veía ratificado por sus ponderados gestos y su evidente timidez. Vestía sencillamente y su rostro reflejaba a la perfección lo discreto de su carácter: levemente redondeado, con unos pómulos sonrosados y finos labios, la nariz aguileña y una frente amplia que anunciaba una incipiente calvicie. En suma, un rostro discreto incapaz de llamar la atención, quizá más por voluntad propia que por otra cosa.

El segundo invitado parecía tener la edad de Artur. Completamente calvo, su rostro surcado por numerosas arrugas recordaba un mapa de montaña marcado por innumerables curvas de nivel; lucía un rasgo identificativo de esos que marcan para toda una vida: uno de sus ojos era de color oscuro, casi negro, y el otro de un suave color verdoso, casi como la miel. Vestía un discreto traje de franela gris, a juego con la severidad de su aspecto, y se apoyaba al andar en un bastón de marfil de trabajado pomo de bronce que imitaba la cabeza de un dragón; lo llevaba más por completar su estampa de *dandy* que por verdadera necesidad.

El último de ellos era de mediana edad, acaso cuarenta años, vestía con suma elegancia; era alto, con sus cabellos color azabache peinados hacia atrás con gomina, labios delgados pero provistos de una refinada sensualidad, ojos verdes y una nariz perfecta y proporcionada. Vestía un impecable traje de alpaca azul con una elegante camisa blanca y un pañuelo granate en la garganta, y calzaba unos negros zapatos de hebilla.

Era, en suma, un hombre consciente de su atractivo tanto en lo externo como en lo interno, un seductor. Era él quien dominaba la conversación que mantenían los tres hombres, y fue él, cómo no, el primero en hablar.

—¡Artur, querido amigo, siempre tan obsesionado con tu trabajo! ¿O debiera decir con tu placer?

—Has dicho bien. Para mí, supongo que para ti también, no es sólo un trabajo, sino un placer reconocido —repuso sonriente el propietario de la tienda—. Venga, subid, amigos. Hoy os prepararé una mezcla que auguro extraordinaria: moka, cumbre colombiano y turco a partes iguales, regada con un poquito de coñac añejo.

—Quizá fuera mejor que lo pospusiéramos hasta que hubieras comido algo... —aventuró con timidez el más joven de los tres.

22 —De eso nada, Enric. Los viejos como Samuel —y señaló al tercero de sus visitantes —y como yo no necesitamos comer en la misma medida que vosotros. Subid y preparaos para descubrir algo nuevo.

Los tres hombres se acomodaron en torno a la mesita del estudio mientras Artur abría la puerta de un confesionario que cubría una pared del antiquísimo edificio y que, a causa de un viejo chiste privado, albergaba ahora un completo equipo de cocina, vajilla y mueble bar donde podían encontrarse botellas de los más exquisitos y prestigiosos licores. Una vez por semana, y alternativamente en cada uno de sus locales, los cuatro compañeros brocantes se regalaban, tras la hora de comer, las más variadas mezclas de los distintos cafés y licores, en una suerte de competición no reconocida destinada a encontrar la combinación más sabrosa. De todos modos, era una competición cuyo fin en realidad era una simple excusa para regalarse su mutua compañía. El café no tardó en estar preparado; su inequívoco aroma flotó por el estudio y se fundió con los restos del incienso empleado como ambientador, apagado horas antes pero aún presente. Artur lo sirvió en un juego de

café del siglo XVII, una pieza de porcelana de Sèvres de gran valor, decorada con bucólicos motivos. Depositó la bandeja sobre la mesa y acercó su sillón, ayudado, pese a expresar en repetidas ocasiones que no era necesario, por Enric, siempre servicial. Artur escanció unas gotas de la vieja botella de coñac tallada en cristal veneciano. Degustaron la bebida en silencio.

—Bien, ¿qué os parece? —preguntó Artur.

—Soberbio —contestó Guillem—. Puedo asegurar que no he probado otro mejor hasta ahora.

—Por una vez, y sin que sirva de precedente, estoy de acuerdo con nuestro habitualmente exagerado compañero: la mezcla es realmente excepcional —añadió Samuel—. Querido Artur, hoy has logrado superarte. Y eso que la mezcla de Enric de la pasada semana era también de las mejores que he probado.

—¿Y tú, Enric? ¿Qué opinas? —preguntó, expectante, Artur.

—Delicioso —respondió mientras se servía una segunda taza—. Parece que también en esto nos llevas ventaja.

—Bueno, Artur, cuéntanos: ¿qué es eso tan importante que ha conseguido que olvidaras nuestra pequeña reunión? —preguntó Guillem—. Que yo recuerde, es la primera ocasión en los dos últimos años que sucede algo semejante.

—Nada tiene de particular. Como os dije antes, no era más que amor al trabajo. Estaba clasificando los manuscritos y libros de mi última adquisición, ésa ha sido la causa de mi olvido. Y olvido relativo, pues ¿acaso no os he sorprendido con esta mezcla extraordinaria?

—Señores —dijo Guillem, que se incorporó y se quitó un sombrero imaginario—, saludemos al viejo maestro, que una vez más nos ha sorprendido.

Los amigos rieron juntos. Así era Guillem, siempre extrovertido y alegre.

—Dinos, Artur, ¿es un lote muy amplio? —preguntó Enric.

—Así es. Se trata del mobiliario, y eso incluye una fantástica biblioteca de unos quinientos volúmenes, de una vieja mansión cercana a Ripoll, propiedad de la familia Bergués. Hi-

cimos el traslado el pasado martes y ya he iniciado las primeras valoraciones de los muebles. ¿Os suena el apellido?

Los hombres se miraron entre sí; parecía que la concentración de los invitados no respondía únicamente al deseo de responder la pregunta de Artur, sino que reflejaba un nuevo juego en el que se ponía a prueba su propia capacidad profesional. Samuel fue el único en contestar:

—Creo recordar ese apellido relacionado con los siglos XV y XVI. Una familia que perteneció a la naciente burguesía de la época y que acabó por adquirir un título de nobleza por dinero. Un ciudadano honrado, ¿quizá tenía relación con la Biga?*

—Tu memoria es, como siempre, prodigiosa —sonrió Artur ante la exhibición de Samuel—. Sí, comenzaron como constructores, arquitectos, pero a mediados del XVI modificaron su actividad principal y pasaron a dedicarse a la importación de salazones. Se mantuvieron así hasta finales del XVIII, donde la rama principal no tuvo descendientes directos, pero sí «colaterales», que mantuvieron aún cierta influencia en la sociedad civil catalana. Finalmente su estrella se desvaneció, y se perdieron en propiedades rurales de poca monta, diseminadas por el principado.

—En ese caso, puede que hayas encontrado algunas piezas de indudable valor —comentó Guillem sin disimular su creciente interés.

—Sí. El mobiliario es de épocas posteriores, especialmente del siglo XVIII, y se conserva en relativo buen estado. No precisará un elevado gasto de acondicionamiento, y creo que tendrá muy buena salida en el mercado. Lo mejor es una colección de arquetas documentales y baúles roperos que están francamente bien. Pero, dejando aparte el mobiliario, lo excepcionalmente atractivo del lote son los títulos de la biblioteca. Es amplia, con dos incunables en un relativo buen es-

* Biga: asociación de «ciudadanos honrados» que controlaban la economía y ejercían una fuerte influencia política.

tado. El resto de la biblioteca tampoco está nada mal, aunque el valor de los libros radica más en lo que tienen dentro que en su continente.

Artur guardó un deliberado silencio y se concentró en revolver adecuadamente un pequeño terrón de azúcar en su taza. Le gustaba el sonido del metal deslizándose sobre la delicada porcelana, tanto o más que la expectación que su silencio causaba.

—Viejo amigo, parece que disfrutas abusando de tus invitados —intervino Samuel, que le guiñó el ojo—. Cualquiera persona con un mínimo de sensibilidad no mantendría intencionadamente semejante silencio, salvo que tuviera guardado en la manga un buen as.

—¡Me habéis pillado! —sonrió, pícaro, el anfitrión—. Hacer sufrir a los amigos, que a la par son la mismísima competencia, es uno de los placeres otoñales de este pobre anciano. Veréis, la biblioteca en sí es variada y diría que hasta vulgar. Lo sorprendente es la presencia de un arcón documental que diría que no se había abierto en muchísimos años, repleto de diversos ejemplares de temas religiosos, aunque no de contenido exclusivamente católico; diría que los propietarios de la biblioteca se acercaban a ambas orillas del pensamiento religioso.

25

—¿Ambas orillas? ¿Has encontrado la biblioteca de un judío converso, de un masón conspirador? —apuntó Guillem.

—No hay suficientes volúmenes para considerar que formen un bloque representativo de cuestiones religiosas. Son más importantes algunas traducciones manuscritas de viejos textos árabes, griegos, latinos y, esto te interesará especialmente, Samuel, hebreos. Algunos tratan sobre magia, ocultismo, doctrina; otros son traducciones parciales del Corán y del Talmud... Por otro lado, dentro del arcón encontré una pequeña arqueta cerrada con llave que contenía numerosas cartas manuscritas de diferentes épocas, todas de la familia Casadevall, junto con lo que parece una especie de dietario.

—¿Casadevall?

—Así es. ¿También conoces este apellido, Samuel?

—Pues... Creo recordar algún Casadevall, siglos antes a los Bergués, pero no sabría concretar exactamente a qué se dedicaban.

—¿Y vosotros?

Enric y Guillem negaron tras mirarse.

—El primer Casadevall conocido, y al que hacen referencia estos documentos, fue un adjunto a los maestros de obras en la construcción de la catedral, a finales del siglo XIV. La mayoría de las cartas tratan asuntos intrascendentes, pero no dejan de ser una curiosa muestra de los tejemanajes de la familia. Aún no he analizado sino una cuarta parte de estas cartas, pero estoy a la espera de descubrir algún manuscrito de los más antiguos antepasados.

—Lo que se llama un verdadero cajón de sastre —intervino Guillem—. ¿Podrías decirnos cómo demonios logras hacer siempre con semejantes tesoros?

26 —Amigo mío, eso es el único secreto profesional que no puede compartirse —contestó, risueño, Artur—. Todo lo demás se puede aprender, pero no revelar tus fuentes de información es tan sagrado para nosotros como para los periodistas... o para los confesores, y valga el símil teniendo en cuenta el caso.

—¡Venga, Artur! Los últimos cuatro o cinco lotes de verdadera importancia que han salido al mercado en los últimos años han ido a parar a tus manos, y el que se te ha escapado lo ha acaparado este viejo judío. Antes —señaló a Samuel con el índice— estabas a la altura del resto de los anticuarios, quizás un poquito por encima, pero desde que te asociaste con Mariola Puigventós te has ido acercando progresivamente al dios de los brocantes barceloneses aquí presente, y dentro de poco ya no os dignaréis en tratar con nosotros, pobrecitos mortales. A este paso, me veo vendiendo viejos baúles de pino, cosa que no me permitirá llevar la maravillosa vida disoluta de la que presumo. Enric —y miró directamente a su joven compañero—,

creo que lo mejor que podríamos hacer es cambiar de negocio y dedicarnos a la restauración, que parece estar experimentando cierto auge.

—Este viejo judío te sugiere amablemente que no gastes tanto dinero en salir por las noches; así podrías emplear las mañanas en mejorar tus contactos.

—Demonios, Samuel: ¡si no saliera por las noches, no tendría «contactos»!

Todos rieron. Lo cierto era que la tienda de Guillem también era una de las más frecuentadas por los decoradores y compradores ávidos de antigüedades; él mismo era un excelente profesional poseedor de gran cultura. Podría decirse que todos ellos formaban parte de la elite barcelonesa de anticuarios: capaces, intuitivos y eruditos.

—Bueno, Artur, que ardo en deseos de saber más. Has dicho que varios de los libros son traducciones manuscritas de otros idiomas. ¿Tienes alguna de ellas a mano? —intervino Samuel.

—Sí, precisamente estaba trabajando sobre ellas. En mi casa de Vallvidrera tengo los libros que ya he clasificado, quizá dos terceras partes. Sobre la mesa del estudio están los que me quedan por clasificar y aquellos que atrajeron especialmente mi atención después de una primera ojeada. Mirad —se levantó y se dirigió a la gran mesa de trabajo, y todos lo imitaron—: aquí los tenéis. Los de la derecha son los que ya he visto; el resto está esperando volver a salir al mundo tras su larga temporada de exilio.

Sobre la mesa descansaban una parte de los viejos libros rescatados del olvido por la gracia y obra de una familia necesitada de dinero y por un viejo anticuario deseoso de comprender el pasado a través del legado de generaciones anteriores. Grandes y pequeños, bien conservados los unos y a punto de deshacerse en las manos del lector imprudente los otros, habían esperado pacientemente durante años a que alguien abriera sus portadas y ojease su contenido. Y, de entre todos

los hombres que pudieran acceder a ellos, pocos lo hubieran hecho con el cariño y la dedicación que iba a emplear Artur. Con gran respeto y delicadeza, los cuatro hombres rodearon la mesa hermanados por un silencio reverencial, tanto por ser anticuarios que tenían ante sí posibles piezas únicas, como por lo que éstas representaban. Eran amigos porque tenían idénticas aficiones, la principal de ellas la bibliofilia; los libros viejos eran, en sí mismos e independientemente de su valor, objetos hermosos que debían preservar para un futuro incierto. Ojearon los diversos libros con tranquilidad, y analizaron someramente sus características.

—Mirad, *Sophismata*, de Paulus Venetus. Y este otro, una Torah fechada en 1654 —intervino Guillem.

—Un ejemplar del *Ars Generalis*, de Llull, sin fecha. A juzgar por la encuadernación, es una reedición de mediados del siglo XVII —dijo Samuel.

28 —*De la verdad de la fe católica*, traducción a la lengua vulgar del manuscrito en latín del mismo nombre escrito por Santo Tomás, copia directa de la edición de Nicolás Jensen, de 1480.

Comentaron otros títulos en voz alta, a excepción de Enric, quien, reservado, no intervino en aquel culto divertimento; se mantuvo al margen y centró su atención en un ejemplar específico de los mejor conservados. Iba a depositar sus manos sobre él cuando Guillem, en broma, le golpeó en la espalda.

—¡Vaya, vaya! ¿Qué es eso que tanto llama tu atención, querido colega? ¿No será por casualidad ese volumen de ahí? —Alargó la mano hacia el libro en cuestión.

La mano de Enric vaciló durante un instante sobre el ejemplar y la de su compañero, como si fuese a detener su movimiento inicial impidiendo que Guillem lo cogiera, pero incluso para su sorpresa, acabó por volver a abrazarse con su hermana cediendo la iniciativa a su colega. Guillem tomó el volumen, comentó la ausencia de título y analizó sus características.

—Vamos a ver..., una encuadernación de becerrillo sobre tabla estilo gótico, adornada con filetes gofrados y grelas de ca-

becitas encerradas en óvalos. Muy detallista, francamente hermosa. Veamos su contenido..., manuscrito no fechado. Escrito en latín con letra muy retorcida y adornado con diminutas y constantes anotaciones en los márgenes en buena parte del texto... Mi latín no es maravilloso, pero a simple vista no parece haber nada excepcional... Por cierto, que es un texto que no reconozco en absoluto. ¿Sabes de qué se trata? —le preguntó a Enric.

—No, pero me llamó la atención que, aparentemente, está bien conservado. Déjame ver.

Guillem le tendió el libro y centró su atención en un nuevo manuscrito; Artur y Samuel se aproximaron a Enric, y juntos tradujeron diversas partes.

—Veamos, veamos. —Artur se aproximó deslizando las gafas por la nariz en dirección al entrecejo—. Habéis encontrado el manuscrito-dietario. Precisamente sobre éste había realizado ya unas primeras anotaciones.

—Latín clásico; la letra parece propia de persona culta, probablemente del ámbito eclesiástico —añadió Samuel. —Mirad aquí. —Señaló los curvados trazos de las terminaciones de diversas letras. Posiblemente de finales del XIV, quizá del XV.

—Parece constar de diversas anotaciones correspondientes a las actividades de una persona —terció Enric—. Fijaos en ésta: «Reunión del maestro con el obispo»... Y esto de aquí parece un listado de asuntos que debían tratar.

—O esta otra —intervino Guillem—: «Llegada de las nuevas piedras de la cantera de Segur». Un tema que nos orienta sobre su escritor, probablemente un maestro de obras o un adjunto de éste.

—O esta de aquí: «Reunión con los representantes de las órdenes religiosas».

—Mirad; la mayoría de las anotaciones laterales están en catalán antiguo, o eso parece; hay pocas palabras que se lean con claridad, pero no cabe la menor duda. Mirad aquí. —Samuel señaló un ejemplo tras adelantar varias páginas.

—Parece que las anotaciones sólo aparecen a partir de una determinada fecha —intervino Guillem.

—¡Vaya, parece que os resulta interesante! Éste es el manuscrito Casadevall, así lo he bautizado. Y, respecto a las anotaciones, parece como si, siglos después de ser escrito, alguien hubiera trabajado sobre el texto. Ya me había fijado en eso, aunque aún no había llegado tan adelante.

—Las anotaciones parecen señalar con frecuencia al apellidado Casadevall —añadió Enric tras pasar varias páginas—. El nombre consta en diversos lugares; además, en otros, la presencia de varias ces mayúsculas puede que se refieran a ellos.

Samuel pasó diversas páginas. Artur lo detuvo en una, aparentemente escogida al azar, aunque la rapidez de su gesto parecía indicar lo contrario.

30 —Es cierto, es cierto —repuso Samuel sin conceder más importancia a la traducción—. Y es evidente que el autor de las anotaciones no es el mismo que el escritor original; la caligrafía es muy diferente, probablemente de otra época. Mirad las efes mayúsculas, y las terminaciones de las eses y las tes. Parece interesante. —Pasó varias páginas repentinamente—. Me parece que has encontrado un juguete con el que podrás pasar muchas horas muertas.

—Detente, Samuel, justo ahí. —Artur indicó una página concreta señalada con un marcapáginas—. Prestad atención. Si os dije antes que se trataba de un lote excepcional se debe fundamentalmente a este manuscrito, y más en concreto al punto exacto en el que te encuentras. Lo he remarcado con lápiz.

—«... la situación del objeto es, en sí misma, un misterio que debe ser conservado bajo la responsabilidad estricta de este maestro...» —tradujo Samuel.

—Curioso comentario, ¿no os parece? —intervino Artur.

—¿Por qué lo dices? ¿Has descubierto algún secreto oculto?

—Digamos, de momento, que he descubierto la posibilidad de regresar a ese pasado que tanto amo. Este manuscrito va a

encargarse de proporcionarme el entretenimiento que las personas mayores necesitamos y que antes señalaste.

Samuel cerró el manuscrito y se lo ofreció a su dueño.

—Bueno, ya tendrás tiempo para leértelo de cabo a rabo, y no dudo que lo harás inmediatamente.

—De hecho, como habéis visto, ya he realizado las primeras anotaciones, apenas un primer esbozo, pero me parece lo suficientemente atractivo para continuar el trabajo durante el fin de semana. —Bajó las gafas hacia el extremo de la nariz mientras lo recibía de su amigo—. Tengo curiosidad por ver qué puede dar de sí.

—Si está en tus manos, no dudo que le sacarás todo el jugo —aseguró Enric.

—Artur, envidio tu buena suerte —concluyó Guillem—. No sólo tienes en tus manos un ejemplar único, sino que te has hecho con él sin ni siquiera ser consciente de ello. Y vete tú a saber qué otras joyas te esperan en ese revoltijo de libros. Señor —y levantó sus manos al cielo—, ¿por qué sólo proteges a unos pocos privilegiados?

31

—Está bien, está bien —contestó, risueño, Artur—. El Cielo únicamente me protege a mí, pero ya va siendo hora de abrir la tienda... Además, quisiera comer algo antes. Permitid que os acompañe amablemente a la puerta. Nos veremos la semana que viene.

Acompañó a la calle a sus tres invitados, y cerró la tienda con llave.

—Bueno, señores, me voy a comer algo al bar del Pi antes de abrir. El próximo viernes le toca invitar a Samuel; allí nos veremos. Por cierto, Samuel, ¿te importaría acompañarme hasta el bar? Quisiera comentarte una cosa.

—No hay inconveniente. Mariola está de viaje y no llegará hasta mediada la tarde, pero ya sabes que no suelen venir clientes a primera hora.

—Bien. Muchachos, hasta la próxima semana.

Tras despedirse, las dos parejas tomaron direcciones opues-

tas. Samuel y Artur anduvieron despacio y en silencio por la calle vacía hasta alcanzar la Plaça de Sant Josep Oriol. Un mendigo, desde una esquina de la plaza, canturreaba monótonamente, abandonado entre sus ensueños, rodeado por dos envases de vino malo ya vacíos y aplastados. Una sensación de abandono emanaba de su cuerpo enjuto, envuelto entre los jirones de una manta tan raída como su alma. Artur se acercó sonriéndole con ternura.

—¿Qué tal, Pomés? ¿Ha conseguido lo necesario para la pensión?

—Ya ve, señor Aiguader —señaló un pañuelo en que brillaban algunas monedas de escaso valor—, el corazón de los barceloneses está más encogido que Gulliver en el país de los gigantes.

Artur echó mano de su cartera y le entregó un billete al anciano.

32 —Aquí hay suficiente para algo de merienda, para la cena y para una pensión decente. Y no se lo gaste en vino; aunque suene a tópico sé perfectamente que más de una vez lo ha hecho. Yo voy a comer algo con mi amigo, así que cuando salga del bar del Pi, espero que haya ahuecado el ala y haya dejado desierta la esquina; después de quince años tiene la forma de su espalda y no se la quitará nadie.

—Señor Aiguader, aún quedan caballeros de los de antes, aunque por desgracia formen parte de una especie en extinción. Descuide, me esfumaré de aquí en dirección a Casa Felisa, una pensión digna y en la que se admiten tanto parejas fogosas como desheredados de la tierra..., mientras tengan con qué pagar.

El mendigo se incorporó con esfuerzo y desapareció por el Carrer del Pi. Artur y Samuel se sentaron a una mesa de la plaza, casi desierta a esas horas. El camarero se acercó solícito y Artur pidió unos calamares al capricho, especialidad de la casa. Comió en silencio hasta que Samuel intervino:

—Sabes tan bien como yo que acabará gastándose en vino.

—Es posible, pero quién soy yo para decirle en qué gastarlo... Déjalo, que se refugie en su mundo de ensueño; éste, poco le puede dar, como no sea las patadas de los gamberros. Con suerte le llegará para ponerse a tono y también para la pensión. Además, míralo: aún lo recuerdo de joven, quien hubiera dicho que iba a acabar pasando sus días de borrachera en borrachera... Y en aquella época, como acabó él hubiera podido acabar cualquiera.

—Eres un exagerado, aunque un exagerado de corazón generoso.

—No reconoceré la generosidad como un defecto, aunque eso no supone que por oposición deba ser una virtud.

Artur terminó de comer en silencio. Por fin Samuel decidió tomar la iniciativa.

—Venga, dime: ¿qué ocurre? Se te ve preocupado.

Artur se acarició el lóbulo de su oreja derecha, tal y como siempre hacía al encontrarse inseguro o indeciso.

—Esta mañana, a primera hora, ha venido a verme el Francés. —Al decirlo, experimentó el alivio cierto de aquellos que saben que están en un brete, que desconocen la manera de expresarlo y que por fin consiguen hacerlo.

—¿Y? No es lo habitual, pero tampoco encuentro que tenga nada de particular —comentó Samuel.

—Tenemos un negocio en marcha.

—Entiendo —asintió Samuel, que comprendió entonces la irregular conducta del Francés.

—Con la operación ya realizada, el comprador se ha arrepentido. El Francés se presentó en la tienda para exigirme una solución al problema. Le comenté que no podía colocar en el mercado una pieza de semejante tamaño y características en menos de un par de meses, y esto no resultó de su agrado. Me pidió los datos del comprador; evidentemente, me negué. Después dijo que yo debía cubrir el valor de la pieza.

—¿Le abonaste la indemnización pactada?

—Claro, en eso no hubo problema. El cliente no la había

entregado por adelantado porque era de confianza, pero al retirarse hizo efectivo el pago. Todo correcto.

—¿Una pieza grande? —aventuró Samuel.

—Sí, y de gran valor.

—Estará en lugar seguro. ¿Conoce él dónde...?

—Por supuesto que no lo sabe. ¿Qué esperabas?

—¿Por qué estás tan susceptible? Estás a la defensiva.

—Perdona: no dejes que pague contigo mis propios errores. Sí, lo estoy —reconoció con fastidio Artur después de un prolongado suspiro—. Pero creo tener motivos para ello. Antes de dejar la tienda me amenazó. Me dio de plazo hasta el lunes para conseguir el dinero. Samuel, no es la primera vez que discuto con el Francés, pero, por primera vez en veinte años, me dio la impresión de que podía decirlo en serio.

—Ya.

—Dime, ¿qué harías tú?

34 —Bueno. Su comportamiento vulnera todos vuestros acuerdos, de eso no hay duda. Que yo sepa, nunca había amenazado a ninguno de sus colaboradores.

—Así es. Todos sabemos que el Francés a veces se salta las normas; además parece que ahora tiene problemas económicos. Y, la verdad, aunque me cueste admitirlo, estoy un poco preocupado.

Samuel negó con la cabeza, poco sorprendido por la irregular conducta del Francés.

—No es la primera vez que se pone nervioso, pero sí la primera en que se comporta de tal modo. Es el precio que tenéis que pagar por contar con sus servicios. Es el mejor. Sólo tiene en su contra su estúpido temperamento. Es un tipo irascible y lo tenéis demasiado acostumbrado a tales desplantes, no debes olvidarlo.

—No, no lo olvido. Pero estoy preocupado. De un tiempo a esta parte, puede que un par de años, se está volviendo más agresivo que de costumbre. Presentarse así, en la tienda, en pleno día... Creo que está perdiendo el rumbo; la verdad, cual-

quier día se descubrirá el pastel. Hace dos años estuvieron a punto de cazarlo en aquel desgraciado asunto de Tortosa y, desde entonces, no hace más que preparar su definitiva retirada, que va postergando mes a mes para seguir realizando trabajos cada vez menos discretos aunque de mayor rendimiento económico.

—Bueno, tranquilízate, no creo que sea para tanto. Me da la impresión de escuchar mucho ruido pero ver pocas nueces. ¿Me pides consejo? Es su carácter, ya se le pasará —concluyó Samuel.

—En tu tranquilidad se percibe que el amenazado soy yo, y no tú —cortó tajante y de mal humor Artur.

—Ésa es una observación de mal gusto —repuso sin perder la calma Samuel— Entonces, ¿para qué me pides la opinión?

—Yo..., perdona. —Artur frunció los labios—. Lo del Francés me ha puesto nervioso.

—Tenías que haberlo dejado hace años. Nunca comprendí porque continuaste con los negocios cuando te propuse dejarlo en el 79. Artur, Artur, estas cosas nos superan, no son para nosotros. Nos hacemos viejos, y no necesitamos el dinero. Los años pasan y nuestros intereses dejaron de ser los de antaño. ¡Deja que sean las nuevas generaciones las que se peleen con él!

—No esperarás que lo haga igual que esas nuevas generaciones sacaron tu negocio del ostracismo.

Samuel contempló, incrédulo, a su amigo. Su malestar se hizo patente cuando golpeó la mesa de metal con un sordo puñetazo que liberó toda su rabia y que atrajo la atención del resto de comensales.

—No imaginaba que la conversación con el Francés te hubiera puesto nervioso hasta hacerte perder las formas —contestó Samuel, que apenas pudo contener su rabia.

Artur se acarició de nuevo el lóbulo de la oreja antes de responder. Sabía que había ofendido a su compañero y amigo al recordarle los tiempos difíciles que atravesó su negocio unos años atrás y que se solucionaron al asociarse con Mariola Puig-

ventós, pero un extraño orgullo difícil de dominar le impidió pedir perdón por tercera vez. Se sintió dominado por una tristeza culpable.

—Es posible que no sea de tu agrado, pero lo cierto es que tu negocio no funcionaba y que sólo la incorporación de Mariola evitó que acabaras cerrando. Si nunca quise prescindir de los trabajos del Francés fue porque aseguraban unos ingresos mínimos que me permitían enfocar la actividad de anticuario hacia mis verdaderos intereses; cuando tú elegiste acabar la relación con él, sabías a lo que te exponías, asumiste el riesgo y a punto estuvo de salirte mal. Sin embargo..., sin embargo, los años no pasan en balde y me da la sensación de que no hago otra cosa que decir estupideces. —Estaba arrepentido de sus palabras—. Quizá tengas razón y también debería retirarme, tal vez haya llegado el momento y no quiera darme cuenta. Quizá deba retirarme no sólo de estos trabajos, puede que también sea la hora de cerrar definitivamente.

36 Samuel lo miró sorprendido, dejando que la tristeza sustituyera al enfado. De nada valía discutir con su viejo amigo por algo que no dejaba de ser cierto.

—Bueno, no te preocupes. De verdad, dudo que la cosa vaya a más. Lo olvidará en cuanto se le haya pasado el pronto.

—Tienes razón, es mejor olvidarlo.

Se miraron, y de nuevo el silencio se interpuso entre los dos. Se habían dicho verdades dolorosas. Artur sintió cómo un invisible muro de distancia se había alzado por su precipitación y falta de tacto. Arrepentido, pero sin valor suficiente para reconocer su error, se parapetó en una fingida indiferencia.

—Tengo que abrir la tienda; como te dije, Mariola no vendrá hasta tarde. Por cierto, ya se me olvidaba; si te apetece una buena distracción, Mariola insistió en que te recordara la reunión que da su padre en el Boulevard dels Antiquaris.

—No iré. —Habitualmente se mantenía un tanto al margen de la vida social del gremio, pero en las peculiares circunstancias que estaba viviendo lo que menos deseaba era mante-

ner contacto con otros colegas, que no harían sino recordarle, con su misma presencia, la figura amenazadora del Francés—. Tengo demasiado trabajo que hacer para malgastar el tiempo en un acto social. Si le dedico el fin de semana completo a la clasificación, posiblemente habré terminado el lunes. Discúlpame ante ellos, y explícale al viejo Puigventós y a su hermosa hija lo que me retiene; él lo comprenderá.

—Así lo haré, aunque a Mariola no le gustará. Está bastante enfadada contigo porque nunca vas a las reuniones gremiales; cuando no es un motivo es otro, y ya sabes que te aprecia.

—Lo primero es lo primero. Y no habrá mejor distracción que ésta.

—Entonces, hasta el lunes.

Se incorporaron. Artur pagó y dejó una generosa propina; después, sin darse las manos, cada uno anduvo camino de su negocio.

La tarde del viernes fue pródiga en clientes. Los viernes solían presentarse en las tiendas parejas de distintas edades interesadas en decorar sus domicilios con todo tipo de piezas históricas, y aunque a Artur, como buen anticuario que era, le agradaba atenderlos con esmero, la proximidad de los libros en el estudio estimulaba su imaginación y multiplicaba sus ganas de que llegara la hora del cierre. Pasadas las ocho, bajó la persiana de la entrada y subió al estudio, donde estuvo enfrascado en la lectura de los libros hasta altas horas de la madrugada. A las tres de la mañana abandonó la tienda y se fue a dormir a su casa de Vallvidrera.

A la mañana siguiente, Artur se levantó tarde, sobre las diez. Desayunó tranquilamente, ojeó los periódicos matutinos en la terraza como cualquier otro día y regresó a Barcelona. El maravilloso tiempo, prácticamente veraniego, contribuyó en gran medida a embellecer la festividad de Sant Jordi, que registró un altísimo índice de participación. Las calles estaban abarrotadas; las Ramblas, tan repletas de paseantes que Artur no pudo resistir la tentación de, después de dejar el coche en el aparcamiento

del Carrer Hospital, dar un pequeño paseo hasta el puerto antes de regresar a la tienda y a las maravillosas promesas de misterios que encerraban los libros de la familia Casadevall. Aprovechó la ocasión para almorzar en el Londres, pese a no tener demasiada hambre; sabía que, una vez comenzara a trabajar, las horas pasarían a tal velocidad que no sólo olvidaría el almuerzo, si no, a poco que se descuidase, la mismísima cena.

Entró en la tienda por el acceso del Carrer del Pi y dejó la puerta abierta, pero la persiana bajada, para ventilar la tienda; el edificio era muy antiguo; las paredes despedían ese inconfundible aroma a rancia humedad propio de los viejos caserones. De esa manera, la madera se oxigenaba y evitaba que la humedad impregnase el ambiente.

38 Durante todo el sábado estuvo trabajando en el extraño manuscrito de los Casadevall. El libro no era propiamente un diario, sino más bien un dietario, aunque recogía también las impresiones de su autor, a quien identificó como el adjunto a un maestro de obras, allá por los principios de siglo XV. Identificó al posible redactor del texto original como al maestro de obras Casadevall, que ostentó dicho cargo entre los años 1398 y 1424. Le resultó imposible identificar al autor de las notas al margen, aunque no dudó en una cosa: el conjunto de la traducción resultaba el más complejo al que se había enfrentado en años, y podía dar fe de haberse encontrado con muchos manuscritos y vieja correspondencia que se le había resistido en menor medida que aquel enigmático texto. A medida que transcurrían las horas, la lectura detallada del manuscrito y de sus anotaciones comenzó a revelarle hechos inauditos. Transcribió en hojas de borrador diversas anotaciones que resultaban confusas y que debía comprobar cuanto antes, pero el texto resultaba tan misterioso y críptico a medida que progresaba en él que prefirió continuar desvelando los secretos ocultos durante siglos que correr a confirmar en otras bibliotecas o archivos la veracidad de lo hallado.

Cuando Artur miró de nuevo el reloj, ya eran las dos y me-

dia de la madrugada. La primera traducción del libro le había costado trece horas de trabajo ininterrumpido; incluso para un experto como él en lenguas clásicas la apretada letra del arquitecto había complicado mucho la cosa. Con la vista cansada y unas terribles ganas de orinar, acordó consigo mismo finalizar la sesión. Le dolía la espalda; por la puerta aún abierta entraba el fresco aire de la noche. Había refrescado y la tienda estaba helada. Hizo sus necesidades, cogió la chaqueta y se dispuso a dirigirse a casa. Miró detenidamente el manuscrito Casadevall. Por primera vez en muchos años, sintió una punzada de verdadero miedo. No era la angustia que sintiera tras hablar con el Francés; aquello que antes sintiera como miedo era apenas un esbozo de la sensación que ahora nacía en su interior y que tenía su raíz en una increíble historia. Era un miedo profundo, cerval, incontrolable, que iba creciendo lentamente, pero sin pausa, pese a su edad, pese a su experiencia, pese a su seguridad. Lo combatió, y lo venció no sin esfuerzo.

Decidió llevárselo a casa, pero cediendo a un instinto desconocido lo tomó entre sus manos y, con esa pericia que da el conocimiento y la experiencia, desbrozó los hilos que unían las viejas hojas al lomo. Repitió la maniobra con uno de los viejos ejemplares de su biblioteca de trabajo, de similar tamaño y escaso valor, el volumen primero del *Exercicio de Perfección*, e intercambió los contenidos no sin unirlos con cola de secado rápido. Depositó el libro de los Casadevall en la estantería, arropado entre otros cien o doscientos ejemplares de valor relativo, únicamente para especialistas. Tomó el lomo sobrante y abandonó la tienda con éste y las páginas originales del libro utilizado como sustituto; lo arrojó todo a una papelera cualquiera. El contenido del manuscrito había despertado uno de esos miedos atávicos a lo desconocido que Artur creía haber superado con el paso de los años y la llegada de la edad adulta.

La calle estaba desierta. Desde la tienda hasta la Plaça del Pi apenas había cien metros, pero los recorrió intranquilo. Respiró aliviado al llegar a la plaza. Los bares estaban cerrando.

Artur aprovechó la amistad surgida con los dueños de uno de ellos tras muchos años de convivencia en el mismo barrio para cenar frugalmente, pese a que el local tenía la persiana bajada. Después cruzó las Ramblas y se dirigió al aparcamiento, donde subió al coche que había de llevarlo a su casa, donde se tomaría un merecido descanso.

El domingo amaneció fresco y nublado. El buen tiempo del fin de semana parecía haberse concentrado en el sábado; la mañana, de veras desapacible, rasgada por frías ráfagas de viento procedente de los todavía nevados Pirineos, invitaba al descanso y a remolonear en la cama. Había dormido mal; sueños extravagantes que jamás tuviera antes poblaron una noche difícil, en la que más que dormir permaneció en un incómodo duermevela. Las horas pasaron lentamente: Artur oía la canción que cada cuarto de hora emitía el reloj del salón mientras su mente, activada por las revelaciones que creía haber hallado en el libro de los Casadevall, imaginaba delirantes escenas que se sucedían una vez tras otra y que colmaban y excedían los sueños de un viejo anticuario. Se despertó segundos antes de que sonara el despertador, igual que en aquellos viejos tiempos en que la urgencia de las cosas acuciaba la necesidad de controlar la hora con toda exactitud. Estaba cansado, pero tenía mucho trabajo que hacer, tanto, que desayunó más ligero que nunca y no se detuvo ni a leer los periódicos. Sólo se detuvo en la biblioteca para recoger determinados libros que podrían serle de ayuda; en ese momento recordó la larga carta que tenía que mandar a su hijo y que reposaba sobre la mesa de su estudio. Ése era un momento tan indicado para finalizarla mejor que cualquier otro, pues podía añadir una noticia sorprendente que, a buen seguro, causaría las delicias de un hombre poseído por tan gran imaginación que le había llevado a convertirse en escritor profesional. Garabateó unas apresuradas líneas como posdata, la introdujo en un sobre en el que escribió la dirección y pegó los sellos necesarios. Arrimó un mechero a la barrita de lacre con la que sellaba sus cartas, y

cuando estuvo lo suficientemente seco aplicó con fuerza el anillo en el que constaba su inicial, no sin antes aplicarle a éste un gota de aceite para evitar que el lacre se le pegase. Con la carta en las manos salió de su casa y subió al coche; sólo se detuvo un instante en el buzón de correos de la plaza del pueblo, donde depositó la carta antes de conducir hacia la gran ciudad.

Estuvo trabajando todo el día. Analizó las diversas transformaciones del casco histórico de la ciudad en un mapa con unas improvisadas calcas, logró encontrar información complementaria acerca de la familia Casadevall y situó en su contexto histórico la figura del arquitecto. Refrescó sus viejos conocimientos sobre libros cabalísticos, desconocidos por la mayoría y que honraban su biblioteca, fundamentales en esta ocasión. Sus conclusiones confirmaron la veracidad de buena parte de los enigmas que el texto planteaba. Para confirmar determinadas impresiones telefoneó a Samuel, quien le orientó dentro de sus posibilidades, pese a lo deliberadamente inconcreto de lo preguntado. De hecho, una vez Artur obtuvo diversos datos aparentemente complementarios, prácticamente colgó el aparato dejando a su viejo amigo con la palabra en la boca. La información de Samuel le resultó útil para confirmar las expectativas creadas, y además sirvió para deshacer la frialdad surgida entre ambos a raíz de su conversación del viernes.

41

Únicamente le quedaba obtener mayor información directa sobre Casadevall, y para ello debería consultar los libros de obra incluidos en los archivos de la catedral de Barcelona y del arzobispado. Tendría que armarse de paciencia y esperar al lunes para poder trazar un esbozo sobre el carácter y la conducta del maestro de obras Casadevall, requisito que juzgó imprescindible en su investigación. Con los datos que pudiera obtener estaba seguro de lograr su objetivo: comenzaba a imaginar de qué podía tratarse y disfrutaba con la llegada del misterio y de su cercana resolución.

Cuando llegó a esa conclusión hacía varias horas que había anochecido. Depositó el camuflado libro en la estantería y se dispuso a abandonar la tienda. Entonces unos golpecitos en el cristal de la puerta le advirtieron de que no estaba solo. La oscuridad de la sala de exposición le impedía ver de quién podía tratarse. Pese a su edad, Artur no era un pusilánime.

—¿Quién anda ahí?

—Soy yo, Artur. He venido a hablar un momento contigo.

Artur, intranquilo por lo tardío de la hora, reconoció de inmediato la voz.

—No podía imaginar que estuvieras aquí a estas horas, es muy tarde.

—Verás, me ha surgido un problema inesperado y he pensado que podrías ayudarme.

—Bien, veamos qué puede hacerse. Sube, estoy en el estudio —dijo mientras pulsaba el interruptor que abría la puerta.

42

Una sombra avanzó con prudencia, sorteando los objetos de la tienda, y ascendió por las escaleras.

—¿Cómo supiste que estaba aquí? —preguntó, suspicaz, Artur.

—Pura casualidad, vi algo de luz y pensé que podías estar aquí. Me extrañó, es bastante tarde, y pensé que quizá te la hubieras dejado encendida. Pero no: estabas trabajando.

—La pasión de este anciano, como bien sabes, es el trabajo. Y hoy he encontrado algo que puede valer la pena, una clave oculta que me propongo desentrañar mañana.

—¿Una clave? ¿Qué clave?

—La que oculta un manuscrito —sonrió Artur—. Pero prefiero guardarme la sorpresa hasta que confirme todos sus extremos; de momento, no diré más. —Le dio la espalda mientras depositaba las hojas repletas de anotaciones en un cajón del escritorio—. ¿En qué puedo ayudarte?

—En nada —respondió el otro, lacónico.

La sombra, a espaldas de Artur cuando éste se volvió para recoger la mesa, cogió un pesado pisapapeles de mármol, lo levantó con ambas manos y lo dejó caer con toda la fuerza posible en la cabeza del anciano, que en ese momento se incorporaba, sorprendido por la extraña declaración que acababa de escuchar. El súbito movimiento de Artur impidió que recibiera el golpe de lleno en la cabeza, pero encontró un nuevo objetivo en la clavícula. Un sordo chasquido de huesos rotos resonó en la tienda. El anticuario perdió el equilibrio y se hubiera caído al suelo de no ser porque el propio impulso del golpe lo proyectó sobre el escritorio. Logró darse la vuelta, aunque su brazo izquierdo colgaba inerte junto a su cuerpo; la expresión de su rostro mostraba, más que dolor, una absoluta sorpresa.

Metódica, la sombra levantó por segunda vez el pisapapeles. Artur intentó cubrirse la cabeza con el brazo sano y evitó en parte la fuerza del golpe, que incidió en su cráneo lateralmente. Cayó al suelo con el rostro ensangrentado; el frío mármol había abierto una gran brecha desde su frente hasta la oreja, por la que manaba abundante sangre. Se levantó, jadeante, junto a la escalera, y se enfrentó a aquella sombra que, lo supo al cruzarse sus miradas, iba a citarlo con la muerte.

43

—¿Por qué? —atinó a murmurar con un hilillo de voz—. ¿Por qué?

La sombra levantó por tercera vez el pisapapeles, que ahora sí golpeó de lleno el rostro de Artur. El fuerte impacto lo arrojó hacia la barandilla, que cedió ante el empuje del anciano. El cuerpo cayó con estrépito por los aires hasta detenerse sobre el altar de mármol proveniente de una vieja iglesia abandonada y que en la tienda de Artur servía como centro neurálgico de la exposición. El visitante se asomó con prudencia; envuelto por las sombras, el cuerpo yacía inmóvil sobre el altar. El silencio restaurado se vio quebrado por la voz triunfante de la sombra.

—Porque lo que tú has encontrado tiene que ser mío —contestó a una persona que ya no podía oírle.

Recogió las transparencias que Artur había realizado du-

rante el fin de semana. Después extrajo los apuntes de los cajones donde se encontraban. Buscó el libro en el escritorio, pero no lo encontró. Impaciente, esparció por el suelo los libros que ocupaban la mesa, pero tampoco lo halló. Regresó al escritorio: los escritorios-secreter de época solían tener algún cajoncito secreto donde poder ocultar documentos e incluso algún libro pequeño. Los cajones de la fila de la derecha se abrían todos, pero en los de la izquierda fallaba uno. Hurgó en el interior de los cajones y no tardó en encontrar el resorte que abría el cajón oculto; una de las molduras que adornaban los laterales del mueble camuflaba el cajón, que se deslizó hacia el exterior. Para su decepción, no encontró nada.

Nervioso, volvió a repasar los cajones y los libros que se encontraban en el suelo con idéntico resultado. Impaciente, pateó entre jadeos el sillón de Artur hasta derribarlo.

44 Miró en la biblioteca que Artur tenía en el estudio. Repasó los títulos de los lomos en dos ocasiones, pero tampoco estaba allí. «¡Maldita sea! —murmuró. —Debe de tenerlo en su casa de Vallvidrera. No hay nada que pueda hacer, a menos...».

Un leve gemido detuvo sus reflexiones. Apagó la lámpara del escritorio y descendió las escaleras. Se acercó al cuerpo de Artur. Para su sorpresa, aún vivía, aunque apenas estaba consciente. Junto al altar, en una pequeña panoplia, una colección de abrecartas de plata y empuñadura de nácar esperaba un comprador y encontró un asesino. Cogió el más largo de todos ellos y lo clavó en la espalda de Artur, entre dos costillas, en busca de su corazón.

—No puedo dejarte vivir —murmuró para sí—. Pero no honra al vencedor prolongar la agonía del vencido.

Esperó unos instantes para cerciorarse de la muerte de Artur. Introdujo la mano en sus bolsillos hasta localizar un manojo de llaves. Se asomó con prudencia a la calle; caía una fina llovizna, y, como era de esperar, no pasaba nadie. Se cubrió el rostro y salió al exterior en dirección al puerto.